

D 20

C 38

V. 7

Esta obra es propiedad del Editor, quien se reserva todos los derechos de propiedad literaria y artística de la misma, y perseguirá al amparo de las leyes á todo aquel que la reimprima ó que reproduzca sus láminas fraudulentamente.



LIBRO DÉCIMOCUARTO

Geografía y viajes.—Comercio.—Descubrimientos.—Colonias.—Misiones.—China.—Viajes emprendidos por curiosidad por especulación por amor á la ciencia.

CAPÍTULO PRIMERO

GEOGRAFIA Y VIAJES ANTIGUOS.

Al seguir hasta este punto en su marcha á la civilización, que desde las cumbres originarias del Asia se estiende por las dos vertientes opuestas, una hácia el mar Amarillo, otra hácia el Mediterráneo, estacionaria al otro lado, activa á este, hemos procurado demostrar que se ha adelantado continuamente hácia el otro, aumentando su patrimonio de ciencia, de moral, de libertad, y haciendo prevalecer el espíritu sobre la materia, la inteligencia sobre la fuerza bruta. Este libro está destinado á señalar su desenvolvimiento sucesivo, siendo nuestra intencion bosquejar los viajes por cuyo medio, desde los tiempos más remotos hasta nuestros dias, la curiosidad, el comercio, el acaso, la codicia, las conjeturas, la caridad, la ciencia, empujaron á los hombres á adquirir un conocimiento más extenso ó más exacto de la superficie de nuestro globo. Nos ha parecido preferible juntarlos todos en un mismo libro, y mucho más cuando los grandes descubrimientos del siglo quince no se enlazan á la política general en un principio: más tarde, interrumpiendo la narracion de las vicisitudes políticas, nos espondríamos á descomponer el plan general de nuestra obra, aun más de lo que podrán descomponerlo las repeticiones á que nos obligará el método que elegimos. Añadiremos á esto la historia de la navegacion, del comercio, de las colonias, limitándonos no obstante á mencionar rápidamente los hechos de que ya hemos hablado, ó de que tendremos que hablar sucesivamente. Y agrada al lector ver al hombre reconocer poco á poco la morada que debe habi-

tar durante su tránsito, y los hermanos entre quienes y con quienes ha de correr, expiar, combatir, perfeccionarse. Veremos al comercio engendrar héroes, que, aun proponiéndose un objeto prosáico no menos que la guerra con los ímpetus nacionales; y al hombre desafiar ora sobre sus camellos los ardores del desierto africano, ora en los trineos de Siberia los rigores de un frio de cuarenta grados, donde se encuentra vivientes, amenazados á cada instante de ser sepultados por las montañas de nieve ó por olas de arena inflamada; y si sucumbe en medio del camino, le espera la reprobacion reservada á los que no saben salir bien de una empresa, sin tener en cuenta los obstáculos con que han luchado (1).

(1) La historia de los viajes de la HARPE es un compendio inexacto y sin colorido, un trabajo académico sin valor, en atención á que el autor, desprovisto de conocimientos geográficos y marítimos, no ha podido animar sus extractos con ayuda de los detalles que le dan vida.

No sucede lo mismo á la excelente obra de WALKENER que se está publicando, como también á la Biblioteca universal de los viajes de ALBERTO MONTEMONT, y á la Historia de los descubrimientos geográficos de las naciones europeas en las diversas partes del mundo, dando, según las fuentes originales para cada nacion, el compendio de los viajes hechos por tierra y por mar desde la más remota antigüedad hasta nuestros dias, y más especialmente desde el fin del siglo XV, y dando el cuadro completo de nuestros conocimientos actuales acerca de los países y de los pueblos del Asia, del Africa, de la América y de la Oceania; con un

Las necesidades de la especie humana la impulsaron desde el suelo natal a remotos países. ¿pero quién domó el primer caballo, el asno, el camello? ¿quién los unció a los carros? ¿quién fué el primero que se confió a las olas del mar en una frágil nave? ¿quién por la observación de las aletas de los pescados, de las alas de la grulla, de los aparejos del nautilo llegó a modelar el remo y las velas? Esto es lo que ignoramos. ¿Cuanto tiempo, estudios y experimentos no fueron en efecto necesarios para que el hombre, cuya primera embarcación fué probablemente un tronco ahuecado al fuego, llegase a cortar los bosques cuidados con este objeto, a reducirlos a maderas y tablas, a saber unirlos sólidamente, a calcular la forma más conveniente, la precisa capacidad, el peso absoluto y específico, la fuerza de los mástiles, de las velas, de los cables, de las anclas, su resistencia a las olas y a las tempestades, la marcha probable de la embarcación por día; para que aprendiese a domar los vientos, de suerte que sirviesen aun los más contrarios, como las adversidades a las almas enérgicas a leer su rumbo en las estrellas, faros inmortales encendidos en las bóvedas del firmamento por el Eterno! Llegó después el momento en el que reuniendo la hermosura y la comodidad, formó los bajeles que vemos en el día, triunfo de la mecánica y de la física, resumen de todos los conocimientos del hombre, desde los materiales hasta los más abstractos; vehículo, fortaleza, campo de batalla, almacén, observatorio; donde el horno arde al lado de la pólvora y de las bombas, donde el vapor suplía al viento, donde se encuentran reunidos los más ingeniosos mecanismos, las delicadas superfluidades de los gabinetes y hasta cien cañones prontos a hacer fuego.

Si la morada oriunda de los hombres estuvo situada entre grandes ríos (*Mesopotamia*), puede ser que las primeras familias, en la época de su dispersión, hayan seguido el curso de ellos, y que, aventurándose primero en sencillos esquifes, se atreviesen a alejarse de las costas para adelantar en alta mar, cuando supieron dirigir su marcha con ayuda de los remos. La estructura del pescado pudo dar idea de la forma más propia de los barcos y remos. Se evitó con la construcción de la obra muerta las grandes olas que, pasando por encima de la borda

gran número de cartas geográficas hechas sobre los relatos mismos de los viajeros y sobre otros documentos muy ciertos y una bibliografía completa de los viajes de L. VIEN DE SAINT-MARTIN, París, 1845 y siguientes. Asia sola comprenderá veinte tomos.

Puede consultarse también el *Diccionario geográfico de MAOCARTHY*, la *Historia de la geografía de MALTEBRUN*, la *Hist. de los descubrimientos de SPRENGEL*, en alemán.

Algunos diarios y obras periódicas tratan únicamente de viajes, como *Anales de los viajes*, *Diario de los viajes*, *the Asiatic journal*, *the Missionary register*, *Anales marítimos*, *Revista Marítima*, *Diario de la marina*, *Boletín de la sociedad geográfica de París*, etc.

inundaban a los navegantes; aumentáronse los remos, reforzóse la arboladura; el arte y las maniobras se aprendieron poco a poco, y cada dificultad fué un motivo de nuevos perfeccionamientos.

Los pueblos semíticos, hebreos, árabes, fenicios fueron los primeros que se dedicaron al comercio; y ya, al principio de la historia, hemos encontrado caravanas trasladando a remotos países las riquezas del Asia y del Africa. Tiro y Sidon, situadas en una lengua de tierra insuficiente para proporcionarles subsistencia, pero teniendo a su espalda los bosques del Líbano y delante de ellas un mundo bárbaro como era entonces la Europa, sacaron partido de aquella posición y fueron el Londres y el Amsterdam de los tiempos primitivos (2). Sus barcos viajaban desde Ofir a Tartesio, en el Atlántico; tenían a Utica, a Cartago, Gades, colonias que a su vez fundaron otras muchas. Para establecerlas en las costas de Africa, Hannon é Imilcon, emprendieron, un difícil viaje al Océano occidental: el primero exploró las costas del Mediodía, el otro se remonta desde la España al Norte hasta las islas del Estañón, es decir la Irlanda ó las islas Scilly (3).

La India fué principalmente el objeto a que se dirigía el comercio tanto por tierra como por mar, por ser al país de donde procedían los objetos preciosos, los tintes, el marfil y especias. Para llegar allá por tierra era preciso reunirse en caravanas, y con caballos, asnos ó camellos, según el país, seguir los caminos que la experiencia había indicado como menos trabajosos, más provistos de agua y de sitios cómodos para las paradas. En aquellas largas travesías, encontraban otras que se dirigían al mismo punto, ó que procedían del interior y salían a su encuentro. Establecíanse mercados en estas especies de confluencias comerciales, y se celebraba allí una fiesta asociando la religión al comercio, que aumentaba el número de compradores, en la multitud de devotos que acudían al santuario elegido para hacer alto. Este lugar consagrado adquiría fama é importancia, y una aldea ó una ciudad se construía en su rededor. Por esto es por lo que las vías del comercio antiguo se conservaron tan constantemente, y cuando parecía una ciudad en su paso, otra le sucedía de repente a poca distancia, y ofrecía a los traficantes las mismas comodidades (4).

No se sabía ir por mar a la India, sino costean-do la Arabia; así es que los habitantes de esta península usurparon su monopolio, no permitiendo a otros pasar a lo largo de sus costas de que los navegantes no se atrevían a separarse. De aquí procede la opinión de que el incienso, la mirra, la acacia, el cinamomo, el láudano no iban más que

(2) Véase el Libro II, cap. 24 y 25.

(3) Libro IV, cap. 6.

(4) Ya hemos indicado la dirección de estos caminos en el t. I, pág. 283.

de la Arabia; de aquí también el nombre de Feliz dado a la comarca del Yemen. Además de estos viajes de especulación, se emprendieron otros por curiosidad. El rey de Egipto, Neco, después de haber puesto en comunicación por medio de un canal, el Nilo con el golfo Arabigo, despachó desde allí navios fenicios, que dando la vuelta al Africa, volvieron por el estrecho de Gades (5). Fuera de que se necesita menos arte para los viajes de costa, les era mucho más fácil a los fenicios doblar de este modo el cabo de Buena Esperanza, que lo fué a los portugueses desde el lado opuesto. Los primeros salían por el estrecho de Bab-el-Mandeb después de volver el cabo Guardafuí, y dirigiéndose por lo largo de la costa con los monzones del Noroeste, encontraban al llegar al sudoeste de Madagascar, la rápida corriente del banco de las Agujas, y tocaban en el cabo con los vientos del Sudeste que reinan allí casi de continuo: después de doblarle, podían subir con ellos hasta el cuarto ó sexto grado de latitud Norte; y desde allí ayudados por las brisas alternativas de tierra y de mar, subir por todo lo largo de la costa, hasta el momento en que pasado el cabo de Mogador, eran arrastrados por la corriente que desde el Océano se precipita en el Mediterráneo. Los fenicios pudieron, pues, efectuar en la infancia del arte, una travesía que tan arriesgados esfuerzos costó a los portugueses, contrariados por todas las circunstancias que habían favorecido a los otros.

Tampoco ha quedado ningún monumento original de los fenicios; pero los viajes de su Hércules, simbolizan las numerosas colonias que establecieron a lo largo del Mediterráneo y del Atlántico (6). Los historiadores y los poetas ponen en competencia con ellos a los tirrenos, durante algún tiempo señores del mar; pero no ha quedado ningún vestigio de sus descubrimientos. Los conocimientos geográficos de los hebreos no tienen más apoyo que las conjeturas a que dan lugar sus historiadores y poetas; por lo mismo es difícil distinguir lo doctrinal de lo que es mero parto de la imaginación, las fantasías propias de la inspiración de los asertos de la ciencia. No pueden atribuirse importancia a los viajes de los argonautas, que en un mes dieron la vuelta a la Europa, a pesar de las furiosas tempestades, y que llevaron detrás de sí su nave por medio de una cuerda, a lo largo de toda la costa: lo mismo sucede con los viajes de Ulises, que un día llegó a los límites del Océano.

Tampoco hay que fiar mucho, en cuanto a geografía, en los escritores de la antigüedad, puesto que los menos antiguos ignoran con harta frecuencia, lo que sus predecesores habían sabido de positivo. La travesía desde el Africa a la Sicilia parecía maravillosa a los héroes de Homero, cuando

ya los fenicios desafiaban al Océano. Herodoto, primer geógrafo de la antigüedad, viajó mucho: si no con crítica, se informó al menos con curiosidad de los usos de países remotos, y aunque los describió con las formas poéticas que exigía el gusto de su nación, los viajes posteriores demostraron que se encerraban muchas verdades en lo que se presentaba con la apariencia de fábulas. Designa los países por sus habitantes al contrario de lo que han practicado los modernos, y de ahí resulta, que es muy difícil volver a hallar los lugares, y las poblaciones que habían mudado muchas veces de residencia. Como historiador, su atención se dirige más bien a los países que tenían una civilización antigua, que a los que la recibían entonces, como la Italia, y el resto del Occidente, que ha descrito mucho peor que el Egipto. Divaga con frecuencia cuando quiere elevarse a ideas generales y a conjeturas a que todavía faltaba el apoyo de los hechos. No puede «contener la risa al pensar en los que pretendiendo describir el contorno de la tierra sin poseer ninguna idea razonable acerca de ella, suponen que el Océano la abraza toda, y dicen que es redonda cual si estuviere hecha al torno» (7). Figurábala él una superficie plana, prolongada indefinidamente por los cuatro lados, y cuyos límites no era posible conocer; pero sostiene que la Europa excede ó a lo menos iguala en longitud de Oriente a Occidente, a las otras dos partes del mundo. Además, la escasez de libros le dejó en la ignorancia de gran número de cosas, y hasta de los descubrimientos de los cartagineses.

Los griegos tuvieron noticias de ellos por Scylax de Caria, que describió mejor las costas del Euxino y del Mediterráneo, y fué el primero que nombró a Roma y Marsella. De esta última ciudad salió Piteas, que antes de Alejandro navegó por las costas de España y de la Galia hasta la Bretaña, y desde allí al Báltico. Intrépido navegante y al mismo tiempo sabio, determinó exactamente la latitud de su patria, atribuyó a la luna el flujo del mar, y supo que la estrella ártica no marca exactamente el Norte. Es, pues, sensible que no nos hayan quedado de él más que algunos fragmentos (8).

(7) Lib. IV.

(8) Joaquin Lelewell (*Phytees de Marseille*, París, 1837, en 8.º con mapas) devuelve a Piteas la confianza que le negaron Polibio, Estrabon y muchos modernos, entre ellos el erudito Gosselin. Traza con exactitud el viaje de aquel marsellés, que costeó la Iberia hasta las Columnas de Hércules, dobló el promontorio Sacro (Cabo de San Vicente), y en el Océano siguió las costas de la Céltica hasta Finisterre; dejando entonces el camino de los cartagineses, a quienes el comercio había conducido ya hasta las Casitérides (islas Sorlingas), y al Cabo Benerion (costas de Cornwall), dirigió su rumbo al Norte, alcanzó el Estrecho y costeó el lado oriental de la Bretaña: habiendo llegado a la extremidad, se lanzó a la alta mar, y al cabo de seis días de navegación arribó a la última *terrarium Thule*, esto es a Islandia, ó más bien una de las Feroe. Piteas se alejó a

(5) Véase la nota 16, pág. 286 del tomo I.

(6) Véase tom. I, pág. 287.

Los viajes de Ctesias y de Jenofonte dieron a conocer la India y la Persia, pero se debieron muchas más noticias a la expedición de Alejandro el Grande, que llevaba consigo sabios, y enviaba a su maestro Aristóteles objetos raros y curiosos datos. En cuanto se vió detenido al frente de Tiro, como si hubiera querido indemnizar al comercio del daño que le causara destruyendo su emporio más antiguo, concibió tres grandes proyectos destinados a serle de inmensa utilidad: fué el primero el completo reconocimiento del mar de Hircania, que llamamos en el día mar Caspio, y cuyas orillas eran en gran parte desconocidas; el segundo, el establecimiento de una marina respetable en el Océano Indico, con cuyo objeto hizo que los fenicios construyesen cuarenta y siete grandes naves, que debían servir para reconocer las costas de la India, ver á dónde convenia abrir puertos, y de qué producciones podría sacarse algun provecho: el tercero era la conquista de la Arabia. Con este objeto envió al almirante Nearco a explorar el golfo Pérsico, y fundó en las orillas del Indo ciudades destinadas a proveer de mercaderías a la de Alejandria, edificada por él en la situación más ventajosa, y que por sí sola bastaría para inmortalizarle. Aquella posición, cuya elección justificó el porvenir, la hizo bien pronto el emporio del comercio de la India, y un manantial de riqueza que no ha podido agotar todavía sus repetidos cambios de dominación. Nearco bajó por el Indo con su escuadra, y haciendo rumbo hacia el Oeste, aunque conocia imperfectamente la época de los monzones, se adelantó hasta Ormuz, y llegó a la embocadura del Éufrates en veinte y una semanas, cuyo viaje se haria en el día en tres, aun sin auxilio del vapor.

Este feliz resultado animó a Alejandro a nuevas empresas, pero la muerte contuvo sus progresos: sus generales se dividieron sus conquistas, y de los escritos de sus ingenieros no quedó más que un corto número de fragmentos, que hacen más sensible su pérdida. Entre ellos, Magasthenes describió la magnificencia de los ríos orientales; Onesicrato fué el primero que trató de la isla de Taprobana (Ceilan); después los Tolomeos dirigieron todos sus esfuerzos a conservar entre su reino y la India un comercio que les proporcionaba tantas riquezas y conocimientos. Las nociones recogidas de este modo y depositadas en la biblioteca de Alejandria, fueron puestas en orden por Eratostenes, geógrafo de mucha ciencia, que introdujo un método uniforme, y empleó las líneas paralelas para determinar en el mapa-mundi la situación de los lugares. Pero conocia poquísimos del Africa; de la Europa sólo las islas del Mediterráneo y las costas del Este y del Ponto Euxino; creía que la Ibe-

— allí sin haberla reconocido, volvió al continente europeo, y corriendo hacia el Norte penetró en el Báltico hasta la embocadura del Vístula.

ria y la Céltica continuaban en línea recta desde el promontorio de San Vicente a la embocadura del Loira; para él la Céltica terminaba en el Rhin, y llamaba al resto del continente Escitia de Europa hacia los 60° de latitud, bañado en línea recta por el Océano septentrional; el mar Báltico era un estrecho de éste que separaba el continente a la isla Báltica hacia cuya parte occidental caían las tierras de Albion y Tule. Eudoxio de Cizico obtuvo de Tolomeo Evergetes un navio para dar vuelta al Africa, y habiéndole salido mal su primera expedición, emprendió otra de que probablemente fué víctima.

Por lo general, los griegos, despreciando los países que visitaban, nos han pintado sus costumbres, mas no sus pensamientos, ó bien los han desfigurado a su manera. Sus relaciones son demasiado ilustradas para que las tengamos por ingenuas, y demasiado graves para excitar nuestras simpatías. Pausanias merece el título de viajero; pero aun cuando recorrió el país más poético de la tierra, son muy raros en él los destellos de la inspiración. Dedicó tres capítulos al sepulcro de Cipselo, y pasa como deslizándose por hechos y ruinas, cuya sola mención basta para excitar el entusiasmo.

La conquista de los romanos impidió tentativas posteriores derrocando las antiguas repúblicas marítimas. Mas así como las victorias de Alejandro revelaron la existencia del Oriente, las de Mitridates dieron a conocer el norte de la Europa, y las de los romanos el Occidente. César, que habia visto las Galias con sus propios ojos, no da más que algunas pinceladas, pero con mano maestra, y sin él no conoceríamos aquella región. Tácito vió la Germania ó tal vez obtuvo acerca de ella noticias de los que la habian visitado: estudió los hombres en grande, pero no penetró en los escondrijos de la sociedad, en donde puede comprenderse el carácter verdadero y originario de un pueblo.

Las noticias científicas habian hasta entonces ganado bien poco (9), y Estrabon no supo más que lo que ya se habia dicho cuatrocientos años antes de él (10); tal vez el poco caso que los griegos hacian de la literatura romana le impidió aprovecharse de ella: por eso habla cual un ignorante de la Bretaña, descrita por César con tanta exactitud. Discute la cuestión de si la Italia es un triángulo ó un cuadrado, y cree que el mar Caspio comunica con el Océano septentrional, aunque Herodoto ha-

(9) Las inexactitudes geográficas abundan en los clásicos latinos. Horacio da por límites a la tierra la Bretaña y el Tanais. Virgilio hace correr el Nilo por medio de la India (Georg. IV. 293). Tácito alaba mucho a Agrícola por haber descubierto el primero que la Bretaña era una isla (sin embargo de que tiempo antes habia sido descrita por César), y dice que tiene al Este la Germania, al Mediodía la Galia, al Occidente la España, y a mitad de camino la Irlanda. Para Plinio la Escandinavia es una isla.

(10) Ya hemos espuesto al principio del libro VI los conocimientos de Estrabon.

bia ya dicho que era un gran lago, y los ejércitos de Pompeyo le habian dado vuelta. No conocia nada más allá del desierto de Cobi, ni la impenetrable Arabia, ni en el centro del Africa. Las relaciones de los viajeros que acabamos de citar le eran enteramente desconocidas, ó no las creía, encaprichado como estaba en su opinión sistemática de que la tierra se dividía en cinco zonas, de las que sólo dos eran habitables. Es, sin embargo, digno de alabanza por haber reunido en sus escritos cuantas noticias podian agrandar é instruir sin vanagloriarse de ello; distribuye las materias con método, subordinándolas a un plan general, y a pesar de sus defectos nos ha dejado el monumento más vasto de la geografía antigua.

El resumen de Pomponio Mela, escrito en elegante prosa, y la Periegesis en verso, de Dionisio, nada añaden a los conocimientos geográficos. Plinio es un simple compilador que ni aun cuida de poner en concordancia las relaciones contradictorias, ni de arreglar las diferentes medidas a un tipo común; su método es un eclecticismo irracional, oscuro de suyo é indigesto; pero todavía más por las formas escolásticas y poéticas que emplea en su exposición.

Las tablas é itinerarios que nos muestran los caminos por medio de los cuales Roma habia encadenado a su política las provincias más distantes, esparcen mucha luz sobre la geografía antigua.

Los descubrimientos de los antiguos fueron muy lentos porque se hacian por tierra; mas precisamente por esta razón daban un conocimiento más exacto de los hombres y los países. La sucesión de los grandes imperios no ejerció sobre ellos tanta influencia como sería de creer. Dejando a un lado las suposiciones gratuitas y las conjeturas, es indudable que los antiguos conocian muy poco los países situados al Este de la Germania, la Prusia, la Polonia, la Rusia y aun menos las estériles regiones situadas bajo el polo ártico; tampoco les era conocida el Africa más que en la parte que se estiende por las costas del Mediterráneo y del mar Rojo, y con respecto al Asia, ignoraban todo lo que habia al otro lado del Ganges, y ninguna noticia tenian de las regiones por donde vagaban ó andaban errantes los sármatas y los escitas.

Ni los autores que acabamos de citar, ni Estrabon, ni Plinio habian fundado su geografía en las matemáticas, porque todos condenaron al olvido los trabajos emprendidos por Hiparco. A Martin de Tiro se debió aquella mejora, con arreglo a la cual Tolomeo (100 años después de Jesucristo) en tiempo de los Antoninos, redactó su geografía, elevando esta ciencia a mucho mayor altura que Estrabon; verdad es que se aprovechó tambien de las obras que se conservaban en la biblioteca de Alejandria, y de datos recogidos de muchos comerciantes que frecuentaban aquella ciudad. Tolomeo fué el primero que adoptó las medidas de latitud y de longitud, aprovechándose de los penosos trabajos de sus predecesores que procuró corregir, y

a él se deben tambien los primeros diseños de la esfera armilar. Dió un catálogo de los lugares con su posición respectiva: buen compilador, aunque sin ingenio, sorprende por el gran número de los lugares que conocia en todas las regiones del mundo, y pone especial cuidado en transcribir los nombres indígenas; mas como toma por base las medidas itinerarias de los comerciantes y navegantes, cae en frecuentes errores, señala toscamente las costas y no calcula la proyección. Da al Mediterráneo veinte grados más de longitud, y sin embargo, era el que mejor se conocia; hace desembocar el Ganges a cuarenta y seis grados más allá de su verdadero punto, lo cual equivale a una octava parte de la circunferencia del globo (11).

En Tolomeo concluye la geografía antigua, que muy defectuosa ya por la dificultad de recoger nociones exactas, estaba además plagada de ideas mitológicas y opiniones sistemáticas. Cada uno, por vanidad nacional, creía que su país estaba situado en el centro de la tierra: así sucedía con el Meru entre los habitantes de la India; el Olimpo, entre los griegos; el Midgard entre los escandinavos, y el imperio del medio entre los chinos. Al derredor de este centro se hallaba distribuida la raza civilizada, y a lo lejos los extranjeros ó bárbaros, designados por monstruos, osos ó monos, gigantes ó pigmeos. Al Occidente se encontraban tierras sumamente deliciosas que los griegos llamaban Hesperides ó Atortunadas; al Septentrional estaba el reino de las Tinieblas, habitado por los cimérios, y por debajo de tierra se estendía el reino de los muertos: por último, rodeaba a todo esto un oceano impenetrable, sobre el cual descansaba una bóveda sólida, en la que estaban incrustadas las estrellas, y por la cual los astros conducian sus carros. La imaginación de cada pueblo daba su colorido a aquel cielo y a aquellas imágenes segun el carácter que le era propio. La figura de la tierra variaba a su antojo; era redonda para unos y cúbica para otros; éste le daba la forma de un cilindro, aquél la de un disco, y alguno tambien la de una barca.

(11) Sobre la geografía matemática de los arabes, véase el capítulo XXVII. Tolomeo es inexactísimo en la geografía de Italia, bien sea por su falta de conocimientos, ó por el descuido de los amanuenses que copiaron sus obras. En sola la parte que se refiere a la Italia Superior, coloca entre los cenomanos a Bérgamo, Mantua, Trento y Verona, que pertenecian a los euganeos, a los levos, a los acetos y a los venetos. Hace nacer el Pó junto al lago de Como, y al Dora junto al lago Penino, dirigiéndose luego al de Garda; después de las bocas del Pó pone las del Atriano (¿el Tártaro?) olvidando al Adige. Señala como ciudades mediterráneas a Aquileya y a Concordia, entre los carnos a Mino, y Adria entre los venetos, situadas todas cuatro en la costa del mar. Coloca al occidente de Venecia a los becunos, nombre desconocido, que se refiere quizá a los camunos, ó a los breunos, pueblos por otra parte de poquísimas importancia.

Los libros eran objeto de un respeto tanto mayor cuanto eran más raros. Bastaba que una cosa estuviese escrita, para que pareciese verdadera, y se repetía con confianza, porque se había dicho anteriormente. Si se levantaba contra ella la experiencia, en vez de desmentirla, se procuraba conciliar una con otra, aun con riesgo de faltar a la verdad.

Esta limitada reducción de los escritos hacia que los descubrimientos anteriores fuesen ignorados de los que venían después; y cuando en el día sería imperdonable emprender un trabajo sin conocer todos los que de ellos se habían ocupado con antelación, el progreso de una ciencia entre los antiguos no podría medirse por el siglo en que vivieron los autores: tantos errores se hallan admitidos en los más modernos, ó verdades ignoradas sobre las cuales otros habían emitido ya su juicio (12).

Como además los nombres estaban tomados de las cualidades genéricas, se aplicaban con frecuencia a diferentes lugares distantes entre sí: de aquí provenía un nuevo impedimento para reconocerlos. *Casitrides* quiere decir islas del Estañó, y tal vez esta denominación se aplicó igualmente a regiones de la India y a la España. *Hesperides* significa occidental, y cada país llamó así a los que tenía al Occidente. *Fash* quiere decir río, y encontramos el Faso y el Fison en Ceilan, la Colquide, la Armenia y otras partes. *Eridan* significa río lejano: puede, pues, correr lo mismo por Escandinavia que por Italia, y hacer llorar bajo los álamos del Po a las hermanas de Faetonte.

Monzones.—Un descubrimiento muy importante del tiempo de Plinio fué el de los *monzones*, vientos regulares que soplan periódicamente en los mares situados entre el Africa y la India, la mitad del año del Sudoeste, y la otra mitad del Sudeste (13). Los antiguos no tardaron mucho en observarlo, pero sin fijarse en sus efectos ni sacar de ello una regla general. Hippalo, navegante instruido, habiendo observado la constancia de aquel fenómeno (50 de Jesucristo), se atrevió a aventurarse en el Océano, y abrió con su ejemplo un nuevo camino al comercio de la India, que pudo hacerse ya libremente á despecho de los árabes.

Arriano, comerciante de Alejandria, ha descrito este viaje en el *Periplo del mar Rojo* (14), com-

(12) Plinio, compilador apasionado, parece que no conocía los escritos de Estrabon.

(13) *Moussim* en lengua arábiga, quiere decir tiempo fijo, la estación de reunirse las caravanas que van en peregrinación á la Meca. De aquí se deriva la palabra *moussum* para indicar la estación de los vientos regulares. Deben distinguirse de los vientos *alisios*, que en toda la zona tórrida soplan constantemente de Levante: son principalmente producidos por el movimiento diurno de la tierra al rededor de su eje, combinado con la acción del sol en sentido contrario.

(14) *Θαλάσση ἐρυθραία* llamaban los antiguos á toda

puesta especialmente para el uso de los mercaderes. Las flotas de Egipto con destino á la India zarpaban de Berenice, salían por el estrecho de Bab-el Mandeb, tocaban en Aden, y después, costearo la Arabia Feliz, llegaban á Cana, capital del Hadramaet; desde allí se dirigían á la península del Decan, en donde se proveían de muselinas é indianas; haciendo entonces vela hacia el Mediodía, tocaban en Bombay y en la costa de Canara, que ya era afamada por sus muchos piratas: luego, desde el cabo Guardafuí, se dirigían á Mesuril, principal almacén de comercio de todas aquellas regiones del Oriente que corresponden al Mirzon moderno, entre Onora y Barcelona. Treinta días se empleaban en hacer esta travesía, y cuando cambiaban los vientos, regresaban antes que concluyese el año. Los árabes perdieron, pues, su monopolio, y los griegos y egipcios, entrando comunicación directa con la India, pudieron conocer mejor á aquel pueblo en que tan adelantado se hallaba el comercio, que los seguros marítimos se ven ya indicados en el código de Manú.

Los primeros predicadores del Evangelio, guiados por el ardiente celo de la verdad, llegaron hasta las estremidades de la tierra; pero pensaban en la salvación de las almas, y no en recoger ni transmitir noticias. En la *Topografía del mundo cristiano* vemos uno llamado Cosme Indicopleustes, escritor del siglo vi, que haya hecho ó no el viaje de la India por mar, asegura que en su tiempo los romanos avanzaban más allá de la costa de Malabar.

Pero ¿los antiguos sospechaban acaso que más allá de nuestro hemisferio existiesen otros países habitables ó habitados? Todos pueden consultar el *Sueño de Escipion*, en que el orador romano finge que el héroe arrebatado al cielo durante su sueño, ve poblada al derredor toda nuestra tierra, de manera, que los hombres están en una parte en posición oblicua, y en otra en sentido inverso á los demás: pero de las cinco zonas, sólo las dos templadas tienen habitantes, y se encuentran separadas por la zona tórrida, barrera insuperable. El tono dogmático con que un hombre que no ignoraba nada de lo que era conocido en su tiempo espone esta teoría, nos conduciría á creerla general, con tanta más razón cuanto que tenemos en apoyo de esto mismo la autoridad de Manilio, que admite de una manera más terminante la existencia de países y habitantes antípodos (15). Pero hemos

la parte occidental del mar de la India, es decir, la costa de Malabar, de la Persia y de la Arabia.

(15) *Terrarum forma rotunda
Hanc circum varia gentes hominum atque ferarum
Aerique colunt volucres. Pars ejus ad arcus
Eminet; austrinis pars est habitabilis oris,
Sub pedibusque jacet nostris, supraque videtur
Ipsa sibi fallente solo declivis longa
Et pariter surgente via, pariterque cadente
Hinc ubi ab occasus nostros sol aspicit ortus,*

aprendido á no maravillarnos de ver que los más instruidos entre los antiguos, no tenían ninguna idea de lo que se había hecho y dicho antes de ellos. Los hombres no tardaron ciertamente en persuadirse de que fuera de su país existían otras tierras, con climas semejantes á los nuestros, y las designaron con los nombres de Atlántida, Gran Tierra, ó continente Chroniano. Platon, que habla de ellas espresamente, dice haber oído á su abuelo Critias, que lo sabía de Solon, que lo había oído á un anciano sacerdote de Sais, que había existido en el Océano, más allá de las columnas de Hércules, una grande isla de forma cuadrada, llamada Atlántida. Su longitud era de tres mil estadios por dos mil de ancho, que se extendía hacia el Mediodía, y por el Norte estaba rodeada de montañas, que escedían en altura y belleza á todas las hasta entonces conocidas. Tenía en abundancia frutos, metales, animales, sobre todo oro y elefantes. Hasta Platon se encuentra en estado de esponer el culto, las costumbres y el orden civil de aquella isla, hermosa y santa en un principio, pero que se corrompió después de tal manera, que Júpiter resolvió anonadarla; al efecto desencadenó los vientos, conmovió el suelo, y la isla fué sepultada en una noche. El mismo nombre de Atlántida hacia alusión á orígenes divinos; añadiéronse después los orígenes humanos, suponiendo que de aquí había procedido la civilización cuyo desarrollo se encontraba por todos los países, sin descubrir en ninguna parte el primer germen. Creyeron, pues, que los atlántidas habían emigrado á Egipto, llevando allí el culto, las ciencias y las artes que pasaron después á Grecia.

¿Cuánta verdad había en todo esto? ¿No debemos ver en todo esto una parábola del filósofo poeta, que habiendo trazado el plan de una sociedad ideal para sacar una lección moral, quiso esta vez hacer lo mismo con ayuda de una hipótesis geográfica? Si se fundaba sobre recuerdos históricos. ¿dónde estaba situada la Atlántida? ¿Sería acaso en el desierto donde luego no ha quedado más que un mar arenoso aun, impregnado en el día con sal? ¿ó entre la Europa y la América donde se encuentran en el día las Azores, las Canarias, las de Cabo Verde y multitud de escollos y de bancos, cuya posición caprichosa no aciertan á esplicar los hidrógrafos? ¿Hubiera tenido bajo este nombre, de los navegantes fenicios, alguna revelación del mundo que llamamos nuevo y que se ofrece á nos-

otros cubierto de ruinas no menos antiguas ni majestuosas que las de la India y del Egipto? (16) ¿ó bien la Atlántida surgió del Mediterráneo hasta el momento en que, sepultada en un repentino cataclismo, no quedaron más que las elevadas cadenas y cimas que forman en el día la Italia y las islas comarcanas?

Sea lo que quiera, este continente había perecido; pero cuando la idea pitagórica sobre la esfericidad de la tierra se propagó, se sacó en consecuencia por el razonamiento la existencia de las tierras antípodos, y climas que correspondían á las nuestras. Algunos como Eratóstenes habían notado que la elevación de las tierras y la declinación aparente del sol cuando se acerca al trópico, así como la distancia de los dos pasos de aquel astro por zenith del lugar, debían templar el ardor de la zona ecuatorial. Gemino, que vivía en tiempo de Ciceron, dice que no se debe creer inhabitable la zona tórrida, puesto que ciertos viajeros llegados á aquellos países han encontrado allí hombres; pues hay quienes pretenden que los territorios situados en medio de aquella zona tienen mayor población que los de las estremidades (17). Añade que Polibio había escrito un libro para demostrar que aquellos lugares gozaban de una temperatura más templada que las orillas de aquella zona. Era, no obstante, en la opinión dominante, un país inaccesible ó inhabitado, ó como dicen Ovidio y Virgilio, una faja *Semper sole rubens, et torrida semper ab igne*, ó mejor un océano que formaba un cinturón en rededor de la tierra, y allende el cual se encontraban otros países habitables. Aristóteles suponía, en el hemisferio opuesto al nuestro, grupos de países aislados; Crates colocaba en él á los falsos etiopes; Estrabon y Mela otro mundo; los pitagóricos un *Antichthon*; Cosme Indicopleustes una tierra transoceánica, que apoyaba en nuestro globo los extremos de su paralelógramo.

Los fenicios después del descubrimiento de España, salvaron las columnas de Avila y Calpe, reputadas el *non plus ultra* de los navegantes; y arribaron probablemente á las islas del Atlántico, de las cuales quedó más tarde un recuerdo confuso y poético. Según el dicho de Aristóteles, los cartagineses habían descubierto más allá del estrecho una isla deshabitada, pero tan fértil que ellos acudieron en multitud á poblarla; emigración que el senado tuvo que impedir con pena capital. Es cierto que los griegos colocaban al Occidente risueñas comarcas, adornadas con todas las bellezas, donde los hombres disfrutaban las delicias de la edad de oro y donde la tierra producía tres veces al año. Impulsado Coleon de Samos por la tempestad fuera del estrecho, contó maravillas de Tartesio y de sus habitantes. Estas islas del Océano adquirieron gran fama, y tan pronto se les llamó Atlántidas

(16) Véase la nota 16, pág. 53 del tomo I.

(17) Ap. PATAV. y *Doctr. temp.*, tom. III.

*Illic orta dies sopitas excitat urbes
Et cum luce refert operum vadamonia terras:
Nos in nocte sumus, somnosque in membra locamus:
Pontus utrosque suis distinguit et alligat undis...
Alter a pars orbis sub aquis jacet in via nobis
Ignotaque hominum, gentes, nec transita regna
Commune ex uno lumen ducentia sole,
Diversasque umbras, lavague cadentia signa,
Et dectros ortus celo spectantia verso.*

MANILIO, *Astron.* I.